



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA  
UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN

---

Zabalgoitia Herrera, M. (2020).  
Géneros, equidad y violencias en tiempos de COVID-19:  
¿dónde quedan la educación y la universidad?.  
En H. Casanova Cardiel (Coord.), *Educación y pandemia: una  
visión académica* (pp. 174-182). Ciudad de México:  
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de  
Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

## Géneros, equidad y violencias en tiempos de COVID-19: ¿dónde quedan la educación y la universidad?

*Mauricio Zabalgoitia Herrera*

Probablemente es muy pronto para saber cuáles serán los cambios en los órdenes de género imperantes en las sociedades urbanas de México como resultado de la pandemia de COVID-19, así como por la cuarentena sugerida por las autoridades e impuesta como la máxima medida de contención de los contagios.

Esta cuestión, la del confinamiento y la idea generalizada de que todas y todos los actores sociales pueden adaptar sus vidas productivas o educativas a la vida “en línea”, se presenta especialmente compleja en una metrópoli diversa y desmedida como la Ciudad de México. Esto sin olvidar las empobrecidas zonas rurales que, es evidente, se sitúan más allá del discurso homogeneizante y global, que presupone que las experiencias laborales y formativas de las subjetividades del ahora funcionan igual en Madrid, Roma, París o México.

En la capital del país, los debates en torno a la cuarentena se han dado no sólo en los medios tradicionales, sino en la comunicación digital, con la inmediatez e intensidad que la caracteriza. Sea a través de tuits con intenciones po-

líticas o por medio del humor y sus recursos paródicos e irónicos vertidos en los denominados memes, los lenguajes más eficientes que se han encontrado para lidiar con lo terrible e inédito —las violencias, las crisis generalizadas, las pandemias— han apuntado más que nunca a la desigualdad imperante en los medios, modos y rituales; así, por ejemplo, se ha señalado la imposibilidad de que enormes sectores del comercio o del trabajo informal, así como doméstico, practiquen el mantra “quédate en casa”.

En esta línea, de manera un tanto complementaria se ha denunciado, con mayor o menor solemnidad, la evidente falta de acceso a las TIC (incluso a tabletas o teléfonos inteligentes) por parte del estudiantado de los más diversos niveles educativos. No se hable de conexión a internet. En el mejor de los casos, los debates y las críticas han girado en torno al número de miembros de la familia y su posibilidad de usar los dispositivos, o sobre la velocidad y ancho de banda que permita combinar reuniones laborales con clases a distancia. En todos los casos, pocos tuits, memes o denuncias en Facebook han profundizado en aspectos de género; en las formas en las que se reproducen o exacerbaban inequidades y machismos en el confinamiento; en los roles y rituales de la vida doméstica; en la división sexual de las tareas, o —lo que es aún más grave— en las violencias por razones de género, sean simbólicas, micro o lleguen al uso de la fuerza, las amenazas o la muerte.

Sólo desde algunos frentes se ha denunciado cómo para las mujeres —madres, hijas, hermanas, etcétera— la vida ha resultado en una suerte de triple jornada laboral. Ahora, además de cumplir con las exigencias de sus trabajos formales, han de llevar la carga más dura en las labores do-

mésticas de cuidado, limpieza y organización. A estas cuestiones, que acaso en la vida regular quedan normalizadas o invisibilizadas, se suman las actividades permanentes de la educación de niños, niñas y adolescentes.

Al parecer, en panoramas como éste, tres esferas del *modus vivendi* de la actualidad sexogenérica se combinan: 1) la presunción de equidad, que como discurso libertario esconde una nueva economía del hogar, en la que sin el apoyo de la fuerza laboral de las mujeres resulta prácticamente imposible vivir en la Ciudad de México; 2) el acuerdo social tácito según el cual ellas son más eficientes en las cuestiones domésticas, en la limpieza y el funcionamiento del hogar, así como en lo relativo a la alimentación; 3) se renueva, como muchas otras mitologías vigentes en la matriz histórica de dominación masculina, la figura de la natural disposición de la mujer para formar a las hijas e hijos. En resumen, algunos medios con perspectiva de género feminista se han apresurado a manifestar cómo esta triada está haciendo de la cuarentena, para muchas mujeres, una experiencia de triple jornada, a tiempo completo, y sin oportunidad para el esparcimiento y el descanso.

Es evidente que esta cuestión configura un relato que reconstruye una posición extrema. Nos gustaría pensar, en todo caso, que la incidencia de décadas de feminismos y discursos de igualdad de género han provocado algo más que una pantalla de equidad y comunidad al interior de los hogares. Y con esto nos referimos no sólo a los que funcionan aún bajo una noción tradicional de familia, sino a los que son diversos, constituidos por dos padres o dos madres, familias extendidas, figuras monoparentales o bajo uniones de amistad o emergencia social o afectiva. Éstos, en la Ciu-

dad de México, según censos de años recientes, representan más de la mitad de los casos. Se pensaría, así, que los varones no sólo están cocinando, asando la carne los domingos o lavando los trastes, sino limpiando escusados, cambiando pañales y realizando las tareas de matemáticas, arte o español, con paciencia y buena cara.

Ahora bien, sin duda resulta más preocupante que el hecho de que salgan a la luz las grietas de inequidad en un sistema que se pretende paritario, los llamados de alarma que están señalando un repunte en las diversas formas de violencia doméstica e intrafamiliar, ejercidas, como en todos los ámbitos, fundamentalmente por hombres, siendo las víctimas mujeres, niñas, niños, adultos y adultas mayores.

A este respecto, algunos medios tradicionales y alternativos están denunciando en redes sociales un notable ascenso de casos y denuncias, sean formales o informales, por razón de violencia al interior de las lógicas inéditas de la vida en confinamiento. Desde la comunicación organizada, a partir de *colectivas* como Luchadoras, se han propuesto replantear algunos términos, como *confinamiento* o *aislamiento* por *resguardo*, precisamente para no reproducir los mecanismos mediante los cuales se suelen opacar las violencias estructurales, simbólicas o físicas. De acuerdo con su lectura de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares de 2016, la percepción de que 6 de cada 10 mexicanas están en peligro de sufrir violencia doméstica ha ido en aumento durante los últimos años. A esto, Luchadoras suman una pandemia no del todo reconocida: la de violencias contra las mujeres en México, iniciada hace décadas, y que habría llegado a un punto álgido hacia fines de 2019 y principios de este año, de ahí una suerte de

movilización social femenina sin precedentes. Ésta no sólo se ha visto cómodamente opacada por el coronavirus, sino que se ha reavivado por el confinamiento. *Publmetro* (Alcocer, 2020) da cuenta de 103 feminicidios ocurridos tras la cuarentena declarada el 30 de marzo.

La ONU Mujeres (México) ha expresado la urgencia de establecer una estrategia con perspectiva de género ante la pandemia de COVID-19; es decir, que tome en cuenta el impacto y los efectos que podría tener en mujeres y niñas, en una diversidad de niveles y esferas —incluida la doméstica. Tal petición, de hecho, conlleva la certeza de que, en un ambiente de aislamiento en el que las lógicas violentas por razones de género pueden tensarse, son las mujeres y la infancia quienes están peor situadas. Así, y de manera aún más terrible, son las niñas las que suelen sufrir formas de violencia de carácter sexual en experiencias de hacinamiento o confinamiento.

Medios como *Expansión Política* (Galván, 2020) hablan de “otra contingencia”, en relación con el aumento de formas de violencia contra las mujeres en la cuarentena. Según sus fuentes, desde que ésta inició, los ingresos de ellas a los refugios han aumentado 5 por ciento, en consonancia con el aumento de 7.2 por ciento de las detenciones por cuestiones de violencia intrafamiliar. Por su parte, *SDPnoticias* (Gómez, 2020) reporta un promedio de 87 llamadas por hora al 911 y Locatel por denuncias de este tipo, lo que representa un aumento de 23 por ciento de febrero a marzo. La Ciudad de México estaría a la cabeza, junto con el Estado de México y Chihuahua. El *Diario de Yucatán* (2020) precisa algunas de estas manifestaciones: 6,171 llamadas de emergencia por incidentes de violencia contra la mujer; 22,628 por agresio-

nes en relaciones de pareja; 1,017 por acoso y hostigamiento de tipo sexual; 545 por incidentes de abuso sexual, y 395 por violación.

Se podría seguir con cifras y llamados urgentes de atención por parte de instituciones, medios, colectivos y organizaciones, así como de instancias y asociaciones civiles. Desde un punto de vista global, reportes internacionales, como el confeccionado por Pharmaceutical Research and Manufacturers of America, referido en *Politico* (Heath y Rayasam, 2020), hablan de una guerra de la COVID-19 contra las mujeres, recalcando un repunte universal de violencias domésticas, así como de cuestiones alarmantes y que difícilmente se están tomando en cuenta en las políticas públicas o transnacionales, como la expectativa de cerca de siete millones de embarazos no esperados. Esta situación, desde una perspectiva de género, a quienes suele afectar más en los distintos ámbitos de la vida es a las mujeres, lo que nos permite aseverar que la pandemia está remarcando, de forma imprevisible, la inequidad en una multiplicidad de frentes.

Este breve repaso por los meses de inicio de una pandemia que ha modificado la vida de forma acelerada y que, de hecho, cuestiona como nunca la noción de “normalidad” desde el punto de vista de la educación y los géneros, renueva, por una parte, los consabidos temas ligados a los modos en los que se reproducen —o resisten— las estrategias, los mecanismos y las lógicas de la dominación y el control, cuya herramienta más efectiva son las violencias. Por otra parte, pone en duda si la transversalización de género en los distintos espacios de lo educativo estaría surtiendo efecto a la hora de formar en temas como la transformación o replicación de roles y estereotipos, la violencia implícita al bina-

rismo sexual, o la falta de herramientas teóricas o prácticas a la hora de educar, bajo la certeza de que la denominada “diferencia sexual” se encuentra en el seno de todos los comportamientos sociales y sus problemas.

Como experimento inevitable para observar la relación entre variables como educación, hogar y violencias, la pandemia y su cara más visible en la lógica de la vida, la cuarentena, exponen la necesidad de ahondar en el diseño de programas y mecanismos en los que, desde la educación, se nombren, aborden y atajen las violencias. Pero también —y de manera mucho más significativa— ponen en entredicho su papel fundamental en el entramado social, en su carácter configurador de saberes e imaginarios capaces de incidir no ya en la superficie de prácticas y discursos, sino en la dimensión simbólica. Ésta es una tarea enorme para la educación, pero igual lo es para el resto de las instancias e instituciones que deben asumirla.

Lo que las Mujeres Organizadas de la Facultad de Filosofía y Letras (MOFFYL) de la UNAM han expuesto, a lo largo de los cinco meses que ha durado el paro en dicha facultad, parece quedar mucho más claro cuando lo primero que se recrudece al interior de las casas, una vez suspendidas las actividades externas, son las variadas y sofisticadas formas de violencia por razones de género. Cómo, entonces, repensar en la universidad —y desde ésta— lo que muchas han denunciado desde todos los frentes —incluidas las aulas— y desde hace décadas. ¿No será que se plantea un momento en el que el tema vehicular de la educación sean las violencias? Como ha venido insistiendo Luis Bonino (2008), se trata de un problema que es de los hombres y que afecta, como a nadie, a las mujeres. Quizá con este cambio estructural tengamos una suerte de nuevo principio.

Lo que esta pandemia y sus violencias e inequidades exhiben a los ojos de la educación y la universidad, se configura a partir de tres ejes. El primero tiene que ver con este desplazamiento profundo de algunos de los significantes de base, como pensar en conjunto —por *todos*— que las violencias son un problema de los hombres y no sólo de las mujeres, y de las disciplinas y discursos con los que ellas, fundamentalmente, los han abordado en la academia y las aulas.

El segundo tiene que ver con el reconocimiento común de que la universidad es el espacio en el que se han de enseñar, con mayor hondura y rigor, las teorías, saberes y adelantos científicos y académicos de la formación de género. Educar en feminismos. Educar en masculinidades. En teoría queer. El logro, por parte de las MOFFYL, de instaurar este tipo de asignaturas como obligatorias y comunes a todas las carreras y programas es histórico, y reconoce el trabajo de mujeres académicas durante décadas. Es algo que debe celebrarse y que no responde ni a la imposición de una ideología generacional ni a una moda.

Finalmente, el último eje tiene que ver con el reconocimiento de un ambiente bélico que va desde los hogares hacia las calles, hacia las aulas y universidades, y que se recrudece en crisis como la del coronavirus. Se trata de una guerra en contra de las mujeres y sus cuerpos, como lo ha argumentado Rita Segato (2016) con apabullante claridad, así como en contra de los cuerpos más inocentes de esa guerra. Esto es lo que nos está fragmentando y erosionando con mayor efectividad. Es la tarea que se vuelve a imponer en el mundo que vendrá tras el confinamiento.

## Referencias

- Alcocer Miranda, Jennifer (2020), “Se registran 103 feminicidios durante cuarentena por COVID-19”, *Publímetro*, 13 de abril, <<https://www.publimetro.com.mx/mx/noticias/2020/04/13/se-registran-103-feminicidios-cuarentena-covid-19.html>>, consultado el 9 de mayo, 2020.
- Bonino, Luis (2008), *Hombres y violencia de género. Más allá de los maltratadores y de los factores de riesgo, contra la violencia de género. Documentos 2*, Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Diario de Yucatán* (2020), “Más violencia contra ellas en cuarentena”, 27 de abril, <<https://www.yucatan.com.mx/mexico/mas-violencia-contra-ellas-en-cuarentena>>, consultado el 9 de mayo, 2020.
- Galván, Melissa (2020), “Otra contingencia: la violencia contra las mujeres va en aumento”, *Expansión Política*, 5 de abril, <<https://politica.expansion.mx/mexico/2020/04/05/otra-contingencia-la-violencia-contra-las-mujeres-va-en-aumento>>, consultado el 9 de mayo, 2020.
- Gómez, Nancy (2020), “Reciben 87 llamadas por hora al 911 para denunciar violencia familiar”, *SDPnoticias*, 28 de abril, <<https://www.sdpnoticias.com/nacional/llamadas-911-violencia-mujeres-contingencia-covid-19.html>>, consultado el 9 de mayo, 2020.
- Heath, Ryan y Renuka Rayasam (2020), “COVID’s war on women”, *Político*, 29 de abril, <<https://www.politico.com/newsletters/politico-nightly-coronavirus-special-edition/2020/04/29/covids-war-on-women-489076>>, consultado el 9 de mayo, 2020.
- Segato, Rita (2016), *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños.